

19. Para Dios no hay nada imposible

"Para Dios no hay nada imposible" (Lc 1,37), le dice el ángel a María, que quizá ha quedado boca abierta ante la noticia de que su prima mayor está embarazada hace ya seis meses. Pero María inmediatamente cree en ello, inmediatamente cree en lo que siempre ha creído: que todo es posible para Dios. La razón es suficiente para creer que si Dios es Dios, todo es posible para Él. Pero es en la realización de esta verdad simple y evidente de la fe en la que a menudo dudamos. Creemos que para Dios todo es posible, constantemente lo repetimos cuando lo definimos como "Todopoderoso", pero que en el "todo" se contenga lo que le pedimos, que en el "todo" se incluya también el cambio de nuestros corazones, nuestros sentimientos, especialmente hacia nuestros enemigos, que en el "todo" se contenga el cambio del hermano o de la hermana que parece incorregible, esto nos cuesta creerlo. Y es ahí donde nos falta fe. No dudamos tanto de la existencia de Dios; no dudamos tanto de que Él sea omnipotente, Creador de todas las cosas. Dudamos de que este Dios omnipotente pueda cambiar un pequeño corazón de piedra, una pequeña circunstancia con la que luchamos largamente, una relación en la que no circula el amor, pensamientos en los que falta la verdad. Ahí, nos resistimos a creer que todo es posible para Dios. Es absurdo, ¡pero es así!

María, en cambio, no necesita pruebas: inmediatamente cree que la omnipotencia de Dios ha podido hacer fructificar el seno de una mujer anciana y estéril.

La gran omnipotencia de Dios puede y quiere también sanar nuestra libertad, nuestro corazón. Y esta es básicamente su primera obra, la primera novedad que solo Él puede hacer, gracias a la cual salimos a su encuentro por la mañana, por lo que inmediatamente vamos a la "obra de Dios" en la primera oración, y por la que nos alentamos los unos a los otros. Porque si Dios cambia nuestro corazón, si hace nuevo nuestro corazón, entonces todo el día será nuevo, estará lleno de luz, de belleza, de bondad; toda la realidad será nueva, renovada por la obra de Dios.

Como dice el Señor por medio del profeta Ezequiel: "Os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos." (Ez 36,26-27)

La novedad de la carne con respecto a la piedra es que la carne humana no es el fruto de la sedimentación de minerales, sino una criatura moldeada directamente por Dios y animada por su aliento vital (cfr. Gn 2,7). El pasaje de Ezequiel describe como una nueva creación de Adán en nosotros. Dios nos da un corazón hecho por Él y animado por su Espíritu, un corazón capaz de hacer su voluntad, es decir, de obrar como Dios obra, de hacer lo que Dios hace o quiere hacer en el mundo a través de nosotros.

La libertad es recreada en el sentido de que la obediencia a Dios ya no es una constricción para el hombre, sino como una fuente que brota del corazón, una elección que el corazón sabe expresar. El corazón ya no es solo una piedra sobre la cual se escriben los Diez Mandamientos, sino una persona que vive las leyes de Dios, que las hace suyas, que se adhiere amorosamente a la voluntad del Padre. La libertad de Dios se convierte en algo interior al hombre, se convierte en la libertad del hombre. Es como si el corazón del hombre se convirtiera en una fuente espontánea de la voluntad de Dios, de la obra de Dios en él y en el mundo.

La gran obra de Dios, la gran novedad que Dios hace en nosotros es la conversión de nuestro corazón, de nuestra libertad.

Esta es la obra más urgente no solo para nosotros, sino para todo el mundo. El pasaje de Ezequiel sobre el cambio de corazón de piedra en corazón de carne, que en la liturgia se utiliza también como un cántico, está precedido por un versículo que con frecuencia no se menciona, pero que nos hace comprender el alcance universal de la conversión de nuestro corazón: "Manifestaré la santidad de mi gran nombre, profanado ante las naciones, porque vosotros lo habéis profanado en medio de ellas. Reconocerán las naciones que yo soy el Señor –oráculo del Señor Dios– cuando por medio de vosotros les haga ver mi santidad." (Ez 36,23)

Lo ha recordado recientemente Papa Francisco en su "Carta al Pueblo de Dios" que llama a los fieles a la oración y penitencia por las faltas graves del mal testimonio por parte de los propios miembros de la Iglesia, por ejemplo, con el escándalo de los abusos. Sí, a menudo, somos nosotros los cristianos, religiosos, sacerdotes, obispos, los que, según Ezequiel, profanamos el Nombre de Dios, esto es, su presencia amorosa y salvadora, entre las naciones, en medio del mundo. Los miembros de la Iglesia, llamados a transmitir la presencia y el don de Cristo Redentor del hombre, son en cambio un escándalo, un obstáculo para adherirse a Él, para recibir la Salvación que Él ofrece a todos desde la Cruz.

Pero Dios no dice: "¡Basta, con vosotros no puedo hacer nada bueno! Transmitiré mi salvación a través de otros, o de cualquier otra manera que no sea a través de la Iglesia y sus ministros". No, Dios permanece fiel a su método de salvar el mundo, permanece fiel al misterio de proclamar a Cristo a través de la comunidad cristiana, a través del cuerpo eclesial y, por lo tanto, humano del Señor. Una y otra vez Dios dice, como en Ezequiel: "Reconocerán las naciones que yo soy el Señor –oráculo del Señor Dios– cuando por medio de vosotros les haga ver mi santidad" (Ez 36,23b). Dios muestra al mundo la santidad de su Nombre incluso a través de aquellos que han profanado Su presencia entre las naciones.

¡Qué método tan extraño! ¡Qué método tan absurdo tiene Dios para hacerse presente, para darse a conocer una y otra vez!

Pero siempre ha sido así. Dios ha permanecido fiel a la elección de su pueblo Israel, a pesar de todas sus infidelidades; y Jesús permaneció fiel a la elección de sus apóstoles, a la elección de Pedro, a pesar de todas las infidelidades, a pesar de

todos los abandonos y negaciones, a pesar de la continua falta de fe de sus discípulos. Incluso Judas; Jesús no lo expulsó del grupo de los doce apóstoles: es él quien ha abandonado a Jesús, es él quien ha elegido no pertenecer más en el ámbito de su vocación y misión. ¡Qué misterio!

De hecho, precisamente la infidelidad, precisamente el hecho de que los discípulos son los primeros en traicionar y carecen de coherencia y de fe, precisamente a través de esto, Dios los hace instrumentos para manifestarse al mundo. ¿Cómo? "Por medio de vosotros les haga ver mi santidad", dice el Señor. ¿Y cómo sucede esto? Recreando su corazón, devolviendo la humanidad al corazón (hecho por Dios como Adán) petrificado por la infidelidad, por la falta de fe, por la corrupción. Por nosotros, Dios manifiesta ante el mundo su santidad con el don del Espíritu que convierte nuestros corazones. La conversión del corazón es la gran manifestación de la Presencia santa y omnipotente de Dios al mundo.

Entendemos entonces que la conversión del corazón a vivir la vida monástica, que San Benito nos pide prometer solemnemente mediante el voto de la "*conversatio morum*" (cfr. RB 58,17), es la gran obra misionera, la misión fundamental que Dios nos confía en medio del mundo, como la confía a cada cristiano, en los diversos estados de vida.

Cuando Jesús comienza su misión, gritando: "¡Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos!" (Mt 4,17), básicamente llama a todos a ser misioneros del Reino, para llegar a ser en medio de las naciones la señal de que Dios salva convirtiendo los corazones. Quien acoge la gracia y la labor de la conversión, se convierte en testigo de que el Reino de los Cielos está cerca, es decir, manifiesta la presencia salvadora y santificadora de Dios en el mundo.

Y esto es hoy más urgente que nunca. Y por esto Dios nos ha llamado, nos ha dado una vocación. Y no debemos vivir nuestra vocación para ningún otro propósito que no sea éste, para ningún otro fin que no sea para manifestar la santidad de Dios acogiendo la conversión del corazón que el Espíritu quiere obrar en nosotros.